

# El Metro

de Madrid

Gente·Colores·Gestos



# HISTORIAS MENUDAS DE PLINIO

## Plinio, el famoso detective, duda por primera vez

Francisco García Pavón

### I

**D**on Lotario, durante días y días, dale que dale la matraca a Manuel González, alias *Plinio*, jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso, para que lo acompañase a Madrid, a cosas familiares. Le pagaba el hotel, lo llevaba en su coche, y le prometía no interrumpir su cháchara para que no se aburriese, como le ocurría a *Plinio* cuando estaba entre gentes, coches y ruidos desconocidos. «En Madrid el pueblo no es nadie. Quiero decir que todo es masa de ruidos, de caras ajenas, de pantalones vaqueros que no te dicen nada.»

Pero lo que le convenció por fin fue cuando le dijo el veterinario:

—Mira, Manuel, estás muy cerca, pero que muy cerquita de la jubilación, y lo menos que ya puedes hacer es darte un último garbeo por Madrid, porque así que te jubilen no vas a ir ni a Záncara.

—Hombre, don Lotario, no me hable usted de esas cosas, que no me puedo imaginar sin uniforme y sin ir al Ayuntamiento todos los días. Pero lo que se dice trabajar... vamos a investigar la verdad de cada caso que ocurra en Tomelloso. Eso no podrá impedirnoslo ni el ministro del Interior.

—Desde luego, Manuel, ya solos, sin horario y tú sin uniforme, nos vamos a enterar hasta del número de clientes que recibe la Toledo cada siesta. A ti, libre todo el día, ese Maigret de Francia no te llega ni a la vuelta del pantalón.

—Vaya, don Lotario. Ya empieza usted con sus cosas.

—No empiezo, Manuel. Es que tú, si en vez de ejercer en Tomelloso lo haces en París, tenías ya en chirona a media Francia.

—¿Aunque no hicieran nada malo?

—Todo el mundo hace cosas malas... Y sobre todo en París. De modo que venga, damos juntos una vuelta por Madrid, y como el viaje te va a salir gratis, te gastas lo que tengas presupuestado en comprarle vestidos a las mujeres. Uno para tu hija, muy moderno y clarito. Y otro para tu mujer, un poco novenero, como a ella le gustan. —No exagere, don Lotario, que mi mujer ya juega al bingo.

Como todavía les faltaban dos días para el viaje, les dio tiempo suficiente para hablar y requete-hablar de Madrid, y hasta para recibir el encargo de investigar un caso de nada, pero de mucha risa.

El hallazgo de este caso fue en la misma víspera de la madridada. Desayunó *Plinio* en la churrería de la Rocío, como siempre, y cuando ya estaba con la cara muy lechosa, debajo de la visera de la gorra de plato, porque se había tomado el café, las porras, había fumado dos «caldos» y escuchado las bromas diarias de la Rocío y no llegaba don Lotario, pagó con una manotada sobre el mármol y salió con la cabeza más agachada que un toldo.

Al cruzar ante la puerta de la carnicería de Catalino, le llegaron las voces del veterinario con sonido de resuello.

—Manuel... Manuel... Manuel.

—Pero ¿qué costras le ha pasado a usted? Que me he tomado, fumado, oído y hablado lo de todas las mañanas, y usted no llegaba ni a la de Dios.

—Perdona, Manuel, pero es que me han parado por la calle para contarme un caso que puede endulzarnos el viaje a Madrid.

—Sí, usted venga de sermonearme del Madrid centralista hasta convencerme, y ahora me falta al



café rociero... Cosa que ha notado toda la churrería y ha hecho regodearse con risitas y rascuzones en los sobacos a la Rocío.

—Hombre, Manuel, alguna vez, cada cuatro o cinco años, hemos faltado alguno de los dos a la churrería por lo que fuere. La vida es así. Pero venga, vamos a tu despacho para que te cuente el caso. Y dile al alguacil que me traiga un café y unos churros del Alhambra.

*Plinio*, con las manos en la espalda y la cabeza caída, todavía con el regomello de lo ocurrido, y don Lotario, mirándolo de reojo debajo del sombrero, cruzaron ante la Posada del Rincón.

Ya en el despacho, cuando *Plinio*, sentado en su sillón, esperaba a que el veterinario comenzase a contarle el caso, resulta que don Lotario estuvo callado, y haciendo guiños con todas las partes de la cara, hasta que le trajeron el café y los churros. *Plinio* se sonreía para sus adentros, porque sabía que don Lotario no podía soltar palabra clara a aquellas horas, hasta que se tomaba la churretada, como él decía. De manera y modo que hasta que no dio las dos primeras chupadas al cigarro, ya bien embotijado el café con leche, no empezó a hablar con mucha fijeza de ojos.

—Pues verás, Manuel, lo que pasa...

—Menos mal que rompe usted.

—Ya sabes que yo a estas horas, con el cuerpo vacío, soy como un buzo perdido.

—Venga, venga, que van a comenzar los teléfonos y los avisillos.

—Pues verás: al salir de casa, venía a buscarme don Rodrigo Díaz, nada menos.

—¿El de Terrinches?

—Claro. El inspector de alcoholes. Quiquiliacuatre. Y venía a buscarme porque había oído que nos marchamos a Madrid, y deseaba pedirnos una investigación sobre la vida de su mujer.

—¿Qué clase de vida?

—Yo qué sé. Una cosa muy extraña. Y que la llama a la biblioteca, ella, como sabes, es bibliotecaria en Madrid, y casi nunca está. Que la llama al pisito y sólo está a unas horas muy raras y a veces le cuelga el teléfono... Que quiere que sus tres hijas vivan aquí, con su padre, y no vayan a verla... Que ahora va a hacer una excursión a Thailandia con unas compañeras. Y don Rodrigo el de Terrinches quiere que averigüemos qué es lo que le pasa a su señora. Que nos pagará los días

que tengamos que quedarnos en Madrid hasta averiguarlo.

—A ver si ha encontrado algún ligue que la ha liberado de la biblioteca y de su marido.

—No está esa ya para ponerse colgajos entre las ingles. Esa, a los sesenta y siete o sesenta y ocho que tendrá, ya no liga ni con la guía de teléfonos.

—¿Pues qué edad tendrá el inspector de alcoholes?

—Setenta y uno o setenta y dos.

—¿Setenta y algo y sin jubilar?... No tantos.

—Ella ha sido siempre un poco rareja. Nunca quiso dejar su puesto de bibliotecaria en Madrid y venirse aquí. Dice que le gusta mucho su profesión y nada este pueblo. Y menos depender de alguien. Aquí sólo viene en vacaciones.

—¿Entonces qué quiere don Rodrigo? ¿Que andemos allí como detectives privados? ¿Investigando cotilleos?

—Eso parece... Pero puede servirnos para distraernos en los ratos perdidos.

—¿Y ese es el caso importante que le ha impedido a usted ir a desayunar a la churrería?

—Pues anda, la que has tomado tú con el desayuno.

## II

Ya en Madrid, aunque *Plinio* iba sin uniforme, no quiso entrar en la biblioteca donde trabajaba Andrea, la mujer de don Rodrigo Díaz. Dejó solo a don Lotario para que investigase el caso, mientras él se sentó en la terraza de un bar que había cerca para tomarse una cerveza larga.

—Menos mal que tenemos el Metro aquí al lado de la biblioteca —le dijo don Lotario al pasar a ella— porque tenemos que hacer un viajecito para recoger las cosas de mi mujer.

*Plinio* hacía mucho tiempo que no montaba en el Metro, y siempre lo recordaba como el tren que se hubiese colado en una cueva. Y donde la mayoría de la gente tenía cara de pensar en algo, asomándose a las ventanillas para ver tinieblas.

Mediada la cerveza, encendió *Plinio* el cigarro, y vio salir muy deprisa a Andrea de la biblioteca. *Plinio* le echó los ojos tras la falda, con gesto escéptico y pensando si se habría encontrado a



don Lotario. Pues casi se cruzaron en la puerta. Pero en seguida salió don Lotario y le voceó sin sentarse:

—Venga, Manuel, vamos a tomar el Metro, no vayan a cerrar la tienda.

—Bueno, pero ¿qué ha pasado de la investigación Andrea?

—Ahora te lo cuento.

*Plinio* se encogió de hombros.

Sacó don Lotario los dos billetes, después de preguntar el precio a la taquillera, porque ya no se acordaba.

En el andén, había gente sentada, leyendo el periódico, vaiveneando la cabeza para ver las caderas de las que paseaban aburridas, o leyendo las señalizaciones.

Llegó el Metro, antes de que la pareja de la Guardia Municipal de Tomelloso empezase a hablar de su caso. Entraron en un coche después de mirar si había asiento vacío.

Y antes de que rompiese a hablar don Lotario, se le adelantó *Plinio*.

—...Pues apenas entró usted en la biblioteca, salió la bibliotecaria.

Don Lotario lo miró sorprendido, pero en seguida se echó a reír, con verdaderas ganas.

—¿La «ex»? Caray, qué casualidad.

—¿Por qué la «ex»?

—Ahí está la clave de esta investigación, en ese «ex».

—¿Es que ya no es la esposa de don Rodrigo?

—Lo del «ex» viene porque ella ya está jubilada, pero no quiere que nadie lo sepa en el pueblo. Ni su mismo marido. Toda la vida ha presumido de ser más joven que él... y es dos años más vieja.

—Anda leñe, ¿entonces el de los sesenta y ocho es él?

—Sí, Manuel, hay mujeres que se tapan la edad más que el virgo, y por parecer lo que no son, son capaces de hacer lo que esta señora.

—Pero si ya está jubilada, ¿a qué viene a la biblioteca?

—Me ha dicho un conserje con cara de bacín que viene casi todos los días a pasar el rato con las compañeras, a recibir algunas visitas y a simular que tiene menos de setenta años.

—Desde luego, cuantos más días vive uno, más tonterías se embolsilla.

Con un puchero de sonrisa, *Plinio* observaba a la gente que iba en el coche del Metro y que, silenciosa, culeaba al compás del meneo. Una pareja de jóvenes, con los culos vaqueros, se besaba arrimadísima a una barra, como si quisieran troncharse el espinazo. Casi nadie conversaba, porque no se conocían. *Plinio*, acostumbrado al chachareo en todos sitios del pueblo, siempre se sorprendía de estas mudezas de las masas en las grandes ciudades. Una mujer ya madura, sentada frente a ellos, con un gran ramo de flores acuna-

do entre los brazos, de vez en cuando se lo acercaba a la boca y le daba besos de madre.

—Mira, Manuel, creo que ahí tenemos otro caso que investigar.

—¿Cuál?

—Aquel tío... o lo que sea, que está sentado junto a la ventana, ahí a tu derecha.

—¿Aquel? Parece «aquella».

—A esa investigación me refería. A mí me parece un hombre a base de poco.

—Pues a mí una mujer, también a base de menos. Si tiene tetas son muy raseras.

—Las mujeres ahora tienen los pechos muy deportivos.

—...Melena, sí.

—Las melenas ahora son para ambos sexos.

—Los muslos parecen de tía.

—Debajo de los vaqueros, cualquiera sabe.

—Y da unos parpadeos muy suavecicos.

—Parece que tiene una sombra azul, de barba.

—Pero no tiene nuez, al menos así, de perfil.

—Total, Manuel, que no te llega el palpito de si es hombre o es mujer.

—Me quedo en medio.

—¿Quieres decir de la acera de enfrente?... Pero sabanee con quien sea, nos importa un pepino. Lo que tratamos de averiguar es si es hombre o mujer.

—Pues no lo sé... Me parece que he fracasado completamente en este caso.

—El primer fallo de tu vida, Manuel. Pero es muy fácil averiguarlo.

—Será para otro. ¿A ver cómo le descubro yo cómo tiene los rincones de las ingles, sin ser del ramo?

—Qué Madrid este, Manuel... Una mujer que no quiere decir que la han jubilado, para que su marido no descubra que es mayor que él. Y una persona sentada a dos metros de distancia, que dudamos si pare o preña.

—Todo secretos: las jubilaciones y los sexos.

Frenó el Metro tan en seco que la pareja de jóvenes, apoyada en la barra, estuvo a punto de romperse, y la señora del ramo de flores dio un grito temiendo que se le cayera. Bajaron *Plinio* y don Lotario.

Ya en el andén, encendieron un pito y quedaron contemplando cómo partían las cientos de cabezas de viajeros, camino de la oscuridad. Y ellos, entre humo y humo de los cigarros, empezaron a repasar los dos casos que se les habían presentado aquella tarde, tan cerca del Metro.

—Y sobre el último caso, digo yo que habrá algunos que no serán ni chicha ni pescao.

—O chicha y pescao a la vez... o tan jóvenes y ya jubilados, como la Andrea.

—¡Ay, qué Manuel este! ¿No ves como lo pasamos muy bien en Madrid?

—Claro, con tantas rarezas, cualquiera se duerme.

Francisco García Pavón



#### Francisco García Pavón

Nace en Tomelloso (Ciudad Real) en 1919. Doctor en Filosofía y Letras.

Catedrático de Historia de Literatura Dramática en la Escuela Superior de Arte Dramático. Ha publicado numerosos libros de relatos, novelas y novelas policíacas. Creador del

personaje *Plinio*, un detective manchego, sagaz y socarrón. Destaquemos los relatos *Cuentos Republicanos* y *Los liberales*; las novelas *Cerca*

*de Oviedo* y *Ya no es ayer*, y las novelas policíacas *Historias de Plinio* y *El último sábado*.

Ha recibido los premios: de la Crítica, Nadal, Hucha de Oro, Antonio Machado y Sara Navarro.